

José de la RIVA-AGÜERO Y OSMA

PAISAJES PERUANOS

EXCURSION A QUINUA Y AL CAMPO DE BATALLA *

Uno de los días de mi permanencia en Ayacucho, fui con el Prefecto, Teniente Coronel D. Pablo Salmón, a visitar el campo de la batalla de 1824. Pasamos a la salida junto a la Parroquia de la Magdalena, fundada en el siglo XVI, pero cuya actual fábrica parece de fines del siglo XVIII. Por la Pampa del Arco y la encañadita que forman la Tótora y el arroyo de la Tartaria, desembocamos en la campiña de las Huatatas. Se atraviesa por un túnel la cuchilla que las divide. El camino, en toda esta excursión, me pareció muy bueno relativamente a los anteriores, cuidado con esmero notable. Lo sostienen con la alcabala de la coca de Huanta.

La quebrada que seguimos, rumbo al noreste, angosta pero muy agradable y lozana, viene de Ñahuimpuquiu y baja hacia Huanta, formando la de Viñaca o Azángaro, tan celebrada por los geógrafos colo-

* Véase *Crónica*, oficio del Sr. Dr. Don Constantino J. Carvallo, Presidente de la Junta de Administración y Alcabazgo de la Testamentaria de Don José de la Riva-Agüero y Osma, Lima, 4 de Julio de 1951.

En la serie *Paisajes Peruanos* le corresponde el número XI al artículo *Excursión a Quinua y al campo de batalla*.

niales. El río, ya crecido, recibe aquí el nombre de la Pongora. Su cuenca inferior es rica en vinos y vegetación tropical. La parte alta que recorrí, ofrece amenas sementeras, lindos trozos de alfalfa y de *alcacer* (como llaman a la cebada todavía algunos, a la manera andaluza), saucerías y arboledas frutales de manzanos, pacaes, guayabos, limoneros, albaricoqueros y granados. Hay varios molinos de trigo. En ella tienen sus más preciadas chacras y huertas de veraneo los vecinos de la ciudad. El temple es muy suave. El bullicioso riachuelo de las Huatatas corre entre cañas bravas e irregulares márgenes de arena. Al lado de las parras, las higueras y los lúcumos, se yerguen los inevitables y broncíneos tunales, y los grandes molles; amarillean violentamente las perpétuas flores de la chilca; y las faldas de los cerros descubren su blanquecina esterilidad cretácea. En las chozas del tránsito, venden chicha de molle y de jora. Ibamos a detenernos en una de estas pobres ventas, situada en un recodo, entre juncales; pero nos hizo huir a toda prisa la noticia de que había un enfermo sospechoso de tífus. Torcimos a la derecha, y tomamos la subida a Quinua, cruzando un puente en la quebrada de los Yucaes. El paisaje cambia de pronto. Volvemos a ver los típicos aspectos de la tierra fría, los cebadales y trigales orlados de alisos, los maíces bajos, y las casitas blancas, de tejas purpúreas, diseminadas en los andenes y declives. Los campos de trigo mostraban la reciente devastación de las langostas. Más arriba la llanura se ensancha. Algunas humaredas se deshacían quietamente en la pacífica pureza del cielo. A la hora del mediodía entramos en el pueblo de Quinua, que es uno de los más decaídos y lastimosos que he visto. Las casuchas son de adobes y *pircas*¹. En la plaza, unos cuartos abandonados sin techo, ni puertas, se señalan por la tradición como la casa en que estuvo prisionero el Virrey La Serna y principió a formalizarse la capitulación de los realistas. La incuria en que se derrumba habitación tan histórica, habla bien alto, con amargura insondable. Su ultrajada caducidad parece la fisonomía del desaliento republicano, la remisa postración en que termina este primer siglo de vida independiente. Visité la desmantelada iglesia, que fué hospital de sangre después del combate. Las indias, encabezadas por una vieja muy ladina, nos trajeron flores y frutas de regalo; supervivencia de la costumbre incaica de presentarse a los superiores con un don, por insignificante que sea, como símbolo de homenaje.

¹ La *pirca* peruana, pared o cerca de piedra suelta, corresponde a la *albarrada* de Castilla.



De Quinua se asciende a la pequeña pampa de Ayacucho. Es un árido llano, cortado por zanjas profundas. Al este lo cierran las prietas y abruptas vertientes del *Condorcunca* (voz o garganta del cóndor), surcadas por sendas en zigzag. A un costado se abre el seco barranco del *Jatunhuayco* (gran torrentera). Al norte, el estrecho valle de Ventamayu, con un riachuelo sombreado de molles, y una capillita, destruida o inconclusa, bajo la advocación de San Cristóbal. En la misma pampa, hay un misero rancho, que sirve de apeadero; y en el centro de ella, está el paupérrimo y enfático monumento, que parece de yeso. La falta de gusto, llevada a tales extremos, supone ya una grave deficiencia moral. ¡Cuánto más significativa y decorosa habria sido una sencilla pirámide de piedras severas!

Recogimos en el campo algunas balas, de las muchas que allí quedan. Los pobladores de Quinua las venden a los viajeros. Me detuve en las lomadas de la izquierda, desde las cuales la división peruana de La Mar rechazó los ataques del realista Valdés. Hacia el centro y la derecha de la línea, se ven los que fueron emplazamientos de las tropas colombianas.

El relato de mi peregrinación sería ineficaz e inútil si no fuera sincero; y debo a mis lectores y a mí mismo la confesión de mis impresiones exactas. Mi sentimiento patrio, que se exaltó con las visiones del Cuzco y las orillas del Apurímac, no sacó del campo de Ayacucho, tan celebrado en la literatura americana, sino una perplejidad inquieta y triste. En este rincón famoso, un ejército realista, compuesto en su totalidad de soldados naturales del Alto y del Bajo Perú, indios, mestizos y criollos blancos, y cuyos jefes y oficiales peninsulares no llegaban a la décimaoctava parte del efectivo, luchó con un ejército independiente, del que los colombianos constituían las tres cuartas partes, los peruanos menos de una cuarta, y los chilenos y porteños una escasa fracción. De ambos lados corrió sangre peruana. No hay porqué desfigurar la historia: Ayacucho, en nuestra conciencia nacional, es un combate civil entre dos bandos, asistido cada uno por auxiliares forasteros. Entre los aliados sudamericanos reunidos aquí, bullían ya, aún antes de obtenida la emancipación, los odios capitales, como riñeron los gemelos bíblicos desde el seno materno. El americanismo ha sido siempre una hueca declamación o un sarcasmo; y yo, que cada día me siento más viva y ardentemente peruano, me quedo frío con la fraternidad falaz de nuestros inmediatos enemigos, con la hinchada retumbancia e irónica vaciedad del *común espíritu latino-americano* en esas vecinas *repúblicas hermanas*, que no han atendido más que a injuriarnos y atacarnos. ¿Por qué he-

mos de continuar derrochando los tesoros de nuestro entusiasmo ingénuo en los émulos rabiosos que a diario nos denuestan y que asechan el instante propicio para el asalto?

Gran necesidad o inicua pasión arguye zaherir al Perú por haber una considerable porción de él seguido hasta el fin la causa española en la contienda separatista. Entonces se operó en el alma peruana un desgarramiento de indecible angustia. Mientras la mitad, juvenil y briosa, se lanza anhelante, con los demás americanos, en la ignota corriente de lo porvenir, ansiando vida nueva, la otra mitad, fiel a las tradiciones seculares, perseveró abrazada a la madre anciana e inválida, con la pia y generosa adhesión a la desgracia, que es nota inconfundible de nuestro carácter. Leal conflicto y doliente caso de la eterna y necesaria lucha entre el respeto a lo pasado y el impulso de la acción renovadora.

La Colonia es también nuestra historia y nuestro patrimonio moral. Su recuerdo reclama simpatía y reconciliación, y no anatema. Si queremos de veras que el peruanismo sea una fuerza eficiente y poderosa, no rompamos la tradicional continuidad de afectos que lo integran; no reneguemos, con ceguera impía, de los progenitores; no cometamos la insania de proscribir y amputar de nuestro concepto de patria los tres siglos civilizadores por excelencia; y no incurramos jamás en el envejecido error liberal, digno de mentes inferiores y primarias, de considerar el antiguo régimen español como la antítesis y la negación del Perú. Para animar y robustecer el nacionalismo, hay sobrados y perdurables contrarios, rivalidades profundas, positivas y esenciales. La dura experiencia nos lo ha enseñado; y mi generación, más que las anteriores, lo sabe y lo medita.

La Colonia, a pesar de sus abusos, —tan poco remediados aún— no pudo reputarse en países mestizos como servidumbre extranjera. Para el Perú fué especialmente una minoridad filial privilegiada, a cuyo amparo, y reteniendo nuestra primacía histórica en la América del Sur, iban nuestras diversas razas entremezclándose y fundiéndose, y creando así día a día la futura nacionalidad. Aleación trabajosa y lenta, dificultada por la propia perfección relativa del sistema incaico, que se resistía, muda pero tenaz y organizadamente, a ser plasmado por una cultura superior. Regiones de menor multiplicidad étnica o desprovistas de reales civilizaciones indígenas, se acercaron más rápidamente a la unidad moral, en tanto que el Perú se retrasaba por la arduidad de la tarea correspondiente a su excesiva complicación. En medio de ella nos sorprendió la guerra de la Independencia; y no cabe negar que fué en momento singularmente inoportuno para nuestros peculiares intereses.

Más temprano, anticipándose cincuenta años, sobreviniendo antes de la creación del Virreynato de Buenos Aires, las deficiencias mayores habrían quedado compensadas por el beneficio inestimable de retener la Audiencia de Charcas, de mantener la suprema unidad territorial y de la raza predominante, conservando las provincias del Alto Perú, cuya segregación arrancó tan hondas y proféticas quejas del Virrey Guirior. Más tarde, si la emancipación sudamericana hubiera ocurrido, por ejemplo, cursando el segundo tercio del siglo XIX, habría encontrado bastante adelantada la interna fusión social de las castas y clases del Perú; menos ineptos y desapercibidos los núcleos directores, que apenas iniciaron su modernización a medias con el *Mercurio Peruano*; y tal vez completamente reparado el desacierto de la desmembración del Virreinato, como lógica consecuencia de aquel movimiento consciente de reintegración administrativa que en 1796 nos devolvía la Intendencia de Puno, en 1802 las grandes comandancias de Quijos y Maynas, y de modo imperfecto y transitorio luego, Guayaquil y el mismo Alto Perú.

Pero como de nuestro país no dependió ejecutar en el siglo XVIII el plan de los reinos autónomos propuestos por el Conde de Aranda, ni podíamos precipitar o retardar a nuestro sabor la hora de la general insurrección americana, determinada inevitablemente por el ataque de Napoleón a la Metrópoli, y como era absurdo el empeño realista de guardar unido el Perú a España cuando todo el continente había ya roto sus vínculos de vasallaje, desde 1812 o 1814 los genuinos intereses peruanos demandaban, a cuantos sabían y querían entenderlos, nuestra emancipación inmediata y espontánea, para no quedarnos a la zaga de los otros pueblos de Sud-América en la crisis ineludible, y para evitar o reducir grandemente la funesta inminencia de su intervención. Por eso, mucho más que por cualesquier otras razones, debemos proclamar heroicos servidores del Perú a todos los patriotas nuestros que en abierta rebelión o conjuraciones subterráneas, desafiando fuerzas harto mayores que en los países vecinos, con sino adverso pero con ánimo invicto, lucharon contra los fanáticos realistas peruanos, obcecados en resistencia tan formidable como estéril y petrificados en la añoranza de un pasado irreversible. Y por ello también, dentro de la comprensiva equidad de la historia, si a éstos va la cortesía reverente y melancólica que merecen siempre las víctimas de la lealtad equivocada, a aquéllos consagramos toda la efusión de nuestra gratitud. Desde Zela y Pumacahua hasta los conspiradores de Lima, fué cimentándose, entre sacrificios y catástrofes, un partido peruano separatista, que asumió nuestra representación al frente de los hermanos ya emancipados, y colaboró después

con San Martín. En seguida los valerosos vencidos de la Legión Peruana en Torata y Moquegua, los vencedores de Zepita y Pichíncha, los Húsares que decidieron la batalla de Junín, y la bizarra división de La Mar en este campo de Ayacucho, demostraron el esfuerzo de los peruanos independientes y rubricaron con gloria en nombre de nuestra patria el advenimiento de la nueva edad. La razón y el verdadero espíritu nacional estuvieron sin duda con los *patriotas* y en oposición a los pertinaces tradicionalistas; pero, tras el cruento y largo cisma, tuvo que venir y vino la íntima compenetración entre los de ambos bandos, hijos de un mismo suelo, que combatieron obedeciendo a apreciaciones diversas sobre las conveniencias del Perú. Las posteriores guerras civiles vieron militar indistintamente en las mismas filas *capitulados* y *libertadores*.

Mas para que la definitiva nacionalidad ganada en Ayacucho se adecuara a sus destinos y obtuviera su completa verdad moral, no bastaba la mera conciliación de las personas, fácil siempre en nuestra tierra. Era y es aún necesaria una concordia de distinta y más alta especie: la adunación y armonía de las dos herencias mentales, y la viva síntesis del sentimiento y la conciencia de las dos razas históricas, la española y la incaica. Al cabo de noventa años, ¿hemos logrado acaso, en su plenitud indispensable, esta condición esencialísima de nuestra personalidad adulta?

En los días siguientes a la Independencia, en el iluminado raptó que da todo triunfo, hubo percepción clara de tan indispensable requisito. Entre las afectaciones e ingenuidades de la época, se descubre el grave y justo deseo de incorporar los más insignes recuerdos indígenas en el viviente acervo de la nueva patria. El buen Vidaurre llevaba su celo hasta el extremo candoroso de invocar al dios Pachacámac en una arenga solemne; y Olmedo el inspirado, de corazón profundamente peruano, hacía vaticinar la victoria de Ayacucho al gran monarca Huayna Cjápaj y bendecir el estado naciente por el coro de las Vírgenes del Sol. Menéndez Pelayo, en su cerrado españolismo, juzgó esto como *inoportuna ilusión local americana*; y yo mismo, en mi primer escrito, sostuve con fervor la opinión de mi maestro, llevado por mi excesiva hispanofilia juvenil y por mis tendencias europeizantes de criollo costeño. A medida que he ahondado en la historia y el alma de mi patria, he apreciado la magnitud de mi yerro. El Perú es obra de los Incas, tanto o más que de los conquistadores; y así lo inculcan, de manera tácita pero irrefragable, sus tradiciones y sus gentes, sus ruinas y su territorio. No ilusión, por cierto, sino legítimo ideal y perfecto simbolo representa la evocación que Olmedo hizo en su imperecedero canto. El Perú moderno

ha vivido y vive de dos patrimonios: del castellano y del incaico: y si en los instantes posteriores a la guerra separatista, el poeta no pudo acatar con serenidad los ilustres títulos del primero, atinó en rememorar la nobleza del segundo, que aun cuando subalterno en ideas, instituciones y lengua, es el primordial en sangre, instintos y tiempo. En él se contienen los timbres más brillantes de lo pasado, la clave secreta de orgullo rehabilitador para nuestra mayoría de mestizos e indios, y los precedentes más alentadores para el porvenir común.

En la quieta y larga gestación de la Colonia, el proceso de nuestra unidad fué el callado efecto de la convivencia y el cruce de razas; pero, realizada la emancipación, se imponía, como deber imperiosísimo, acelerar aquel ritmo, apresurar la amalgama de costumbres y sentimientos, extenderla de lo mecánico e irreflexivo a lo mental y consciente, y darle intensidad, relieve y resonancia en el seno de una clase directiva, compuesta por amplia y juiciosa selección. Sin esto el Perú había de carecer infaliblemente de idealidad salvadora; y desprovisto de rumbos, flotar a merced de caprichos efímeros, de minúsculas intrigas personales, y al azar de contingencias e impulsiones extranjeras. Y aún más se advirtió la urgente necesidad de aquella clase directiva, centro y sostén de todo pueblo, con el establecimiento de la república democrática, que la supone y reclama, porque privada de la guía y disciplina de los mejores, tiende a degenerar por grados en anarquía bárbara, en mediocridad grisácea y burda, y en inerte y emasculada abyección. Nuestra mayor desgracia fué que el núcleo superior jamás se constituyera debidamente.

¿Quiénes, en efecto, se aprestaban a gobernar la república recién nacida? ¡Pobre aristocracia colonial, pobre boba nobleza limeña, incapaz de toda idea y de todo esfuerzo! En el vacío que su ineptitud dejó, se levantaron los caudillos militares. Pretorianos auténticos, nunca supieron fijar sostenidamente la mirada y la atención en las fronteras. Héroes de rebeliones y golpes de estado, de pronunciamientos y cuarteladas, el ejército en sus manos fué, no la augusta imagen de la unión patria, la garantía contra los extraños, el eficaz instrumento de prestigio e influencia sobre los países vecinos, sino la palpitante y desgarrada presa de las facciones, la manchada arma fratricida de las discordias internas. La vana apariencia de las palabras y los ademanes quijotescos, no oculta en esos jefes el fondo de vulgares apetitos. Absortos en sus enredos personalistas, ávidos de oro y de mando, sus ofuscadas inteligencias no pudieron reconocer ni sus estragados corazones presentir los fines supremos de la nacionalidad; y cuando por excepción alguno acertó a ser-

virlos, todos los émulos se conjuraron para derribarlo, y lo ofrecieron maniatado al enemigo extranjero. Así se frustraron miserablemente las dos altas empresas nacionales, la de La Mar el 28 y la de Santa Cruz el 36.

Por bajo de la ignara y revoltosa oligarquía militar, alimentándose de sus concupiscencias y dispendios, y junto a la menguada turba abogadil de sus cómplices y acólitos, fué creciendo una nueva clase directora, que correspondió y pretendió reproducir a la gran burguesía europea. ¡Cuán endeble y relajado se mostró el sentimiento patriótico en la mayoría de estos burgueses criollos! En el alma de tales negociantes enriquecidos ¡qué incomprensión de las seculares tradiciones peruanas, qué estúpido y suicida desdén por todo lo coterráneo, qué sórdido y fenicio egoísmo! ¡Para ellos nuestro país fué, más que nación, factoría productiva; e incapaces de apreciar la majestad de la idea de patria, se avergonzaban luego en Europa, con el más vil rastacuerismo, de su condición de peruanos, a la que debieron cuanto eran y tenían! Con semejantes clases superiores, nos halló la guerra de Chile; y en la confusión de la derrota, acabó el festín de Baltazar. Después, el negro silencio, la convalescencia pálida, el anodinismo escéptico, las ínfimas renchillas, el marasmo, la triste procesión de las larvas grises...

Ante este agobiador resumen, que sintetiza nuestro absoluto fracaso en la centuria corrida desde la Independencia, recordamos, con amargura punzante, los felices horóscopos que el cantor de Junín y Ayacucho ofrendó en la cuna del Perú nuevo. ¡Cruel desmentido hasta ahora el de la desolada realidad a los deslumbrantes pronósticos de continua ascensión, de las venturas y glorias, que creyeron todos iniciar entonces! Las sombras de los sueños desvanecidos fueron mis melancólicas compañeras en la visita a la llanura célebre; y se me presentó la terrosa extensión del campo regada con las cenizas de una fulgente aspiración extinta.

Las nacionalidades históricas destronadas que Olmedo enumeró para augurar su compensación con las nacientes americanas, se han regenerado en el curso del siglo, se han purificado y rehecho en la fragua del destino. Los altares de Grecia, que imaginaba el poeta reemplazar con los de Sud-América, se elevaron de entre las ruinas; y a pesar de las tormentas, brillan hoy reavivados por las esperanzas del vigilante helénismo. Razas diversas, en su derredor, luchan sin descanso por afirmar sus respectivas personalidades; y en los más árdulos trances no desesperan de lo futuro. *El Capitolio de la humillada Roma*, que Olmedo contrapuso en sus versos triunfalmente a los redimidos monumentos incaicos,

se encumbra renovado y soberbio. Todos los pueblos, desde los más famosos hasta los más remotos y olvidados, reclaman puesto y voz en el coro fluctuante de la humanidad. Y el Perú, que en la América meridional es la tierra clásica y primogénita, desconoce su misión, abdica de sus designios esenciales, rechaza cualquiera ambición como un desvarío, y se sienta postrado y lacio en las piedras del camino, a mirar cómo lo aventajan sus competidores, satisfecho en su poquedad cuando obtiene las bases mínimas de existencia.

No eran ciertamente alegres los pensamientos que me asaltaban, cuando al caer de la tarde, entre el oro desfallecido de los trigos y del cielo, volvía de Quinua a la ciudad de Ayacucho. Mas, al releer después la conmemoración de la batalla en la oda de Olmedo, para mí tan familiar, hallé un consuelo inefable en la sublime estancia que todos los peruanos deberíamos saber de memoria: aquella en que compara el vate, —¿acaso no significa esta palabra *profeta*?— las virtudes de reacción súbita que guarda siempre nuestra patria, con el arranque memorable de Aquiles, que del indigno sopor de Sciros pasó de improviso a las hazañas victoriosas de Troya.

SALIDA DE AYACUCHO. LAS SALINAS DE ATOCOCHA. • JULCAMARCA. ACOBAMBA. LA FIESTA DE SAN JUAN.

Los suburbios de Ayacucho están cubiertos de crecidos tunales; pero después, cuando se sale hacia el noroeste, comienza la aridez a poco trecho. Sube el camino, por una pampa seca y pedregosa. Algunos cañutos manchan las desiertas laderas. En un collado próximo a la eminencia de la Picota, nos detuvimos a mirar el panorama de la ciudad. Bajo la pureza magnífica del cielo, entre los cerros claros y desnudos, y la breve campiña, de arbolado escaso y vegetación espinosa, aparece nítida, alucinante de blancura, como una imagen del Oriente islámico, luminoso y estéril.

La comarca ayacuchana, es agrícolamente pobre, por falta de agua. El proyectado canal de riego duplicaría los cultivos inmediatos a la población, y remediaría así la decadencia de sus habitantes. La regularización de las lluvias, tan esencial aquí como en Piura y las cabeceras de la Costa, demanda replantar los terrenos con los algarrobos, chachacomas y pisonayes, eucaliptos, cedros y molles que medran en la provincia

* Lleva el número XII.

muy fácilmente. La naturaleza, del suelo es apropiadísima para los viñedos, cuyos productos hay que esforzarse en substituir al mortífero aguardiente de caña, según lo reclamaba ya Carranza en sus estudios sobre esta región. Podrían obtenerse ágaves tan variados y preciosos como los mejicanos, que junto con el algodón de los valles hondos y las lanas de los rebaños de ovejas y alpacas de las punas, ofrecerían nuevos elementos para restaurar la antigua industria textil huamanguina. Con una aceptable vía de comunicación y un coherente y verdadero sistema proteccionista, que alentara las posibles manufacturas nacionales, recuperaría su importancia de antaño la ciudad que obtuvo un tiempo el tercer lugar entre las del Perú Bajo.

Mi primera jornada fué solamente hasta Atococha. De Ayacucho el camino toma la subida de la Picota, y va muy alto, por los despoblados y recuestos de Cónoc y Chillico. A la derecha, en lontananza, se distinguen, bajo un velo de oro y luz fluída, los campos de Huanta, extensos y fértiles, que componen el valle denominado de Azángaro en los cronistas primitivos. Disminuyen algo los gigantones y los nopales. A ratos perfuman con violencia la soledad las retamas silvestres. Torcimos por las encañadas de Santiago de Picha y Cayarpachi, con maizales tupidos y chozas humeantes; y tras una apacheta y los oteros de grama llamados de Huancas, llegamos al pueblo y las salinas de Atococha (*laguna de la zorra*).

La bocamina se abre en un abrupto morro, sobre la profunda quebrada del Cachimayu (*rio de la sal*). De este bastión, circundado por las hendiduras del gran huayco, se siguen viendo al oriente, entre las ondulaciones de unos cerros, los verdes pálidos de los sembríos de Huanta y el telón azul de la Cordillera, que cierra la perspectiva.

A poca distancia de Atococha y de la aldea de Anyana (*la reprensión o la riña*), pasamos la raya divisoria de los Departamentos de Ayacucho y Huancavelica. Cruzamos el valle de Cachi, llamado también de Huanchuy; la agria subida de Antaparaco (*quizá corrupción de torbellino lluvioso*), llena de peñascos y guijarros, y unas alturas con sembrados y caseríos; y, bajando laderas pintorescas, de cerros áridos en lo bajo y cultivados en las cumbres, pernoctamos en Julcamarca, que por este lado es el primer pueblo de la provincia de Angaraes.

En el distrito de Julcamarca dicen haber vetas de plata y baños termales. La población está situada en la margen derecha de un riachuelo y a la falda de un monte calvo, a 3383 metros sobre el nivel del mar según el mapa de Raimondi. Es villa de más de 1500 habitantes, casi todos arrieros y labradores, con sembríos de trigo, maíz y papas. Su de-

nominación puede venir de Sullamarca, que sería, por lo que asevera Garcilaso², *castillo claro, despejado*; o de Sullca, tocante al *menor, al último, al hijo postrero*. Parece que fué curacazgo particular de Hancohuayllu, el soberano chanca cuyo verdadero nombre para Betanzos y Sarmiento de Gamboa es Uscuhuyllca, el adversario del Inca Huiracocha, el que vencido transmigró al Huallaga y al Marañón. Garcilaso, que la llama Suramarca, cuenta que en su antigua fortaleza y en la vecina de Chalcumarca, se detuvo Hancohuayllu con mucha lástima, los días anteriores a su partida, como despidiéndose de sus antepasados que las habían construido, y que decían sus indios que sintió más dejarla que todo su estado³. Probablemente fué Pahuaj Mayta, hermano y delegado del Inca Huiracocha, quien repobló el lugar, poco después de aquella emigración, en el siglo XIV, con mitimaes traídos de Andahuaylas⁴. En Julcamarca murió, el año de 1636, el Obispo de Huamanga, electo para el Arzobispado de Méjico, D. Francisco Verdugo, que a pesar de su siniestro apellido, fué uno de los más caritativos y virtuosos prelados coloniales, y a quien se ha intentado beatificar en varias ocasiones.

El vecindario indígena de Julcamarca se compone de dos ayllos o parcialidades chancas, ambas originarias del Pampas y el Pachachaca, y bastante diferenciales todavía. Vi algunos indios con el sombrero de picos del siglo XVIII. La iglesia, al este de la plaza, es pobre y tiene dos torres desiguales. Las casas son encaladas, con tejas granates. Me alojé en una pequeña y limpia, recién construida; pero tuve que salir a comer en una misera chingana, atestada de quesos, charquis y botellas de aguardiente. Era el sábado, 22 de junio; y, por disposición eclesiástica, en aquel año cayó al día siguiente, domingo 23, la fiesta de San Juan, tan celebrada en la Sierra desde las vísperas al octavario. Para esta ferviente devoción hay un motivo tradicional: conforme al calendario incaico, el mes de *Aucjay Cjuxqui* o *Cahuay* principiaba en el solsticio de invierno, que precisamente corresponde en nuestras tierras al 22 de junio, cuando ya habían recogido y *encolcado* el maíz⁵; y se solemnizaba con los regocijos del Intip Raymi. Los indios y los mismos cholos han trasladado inconscientemente la festividad gentilica a la movable de Corpus, y también a la conmemoración de San Juan Bautista,

² *Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro V, cap. XXVII.

³ *Ibidem*.

⁴ *Relaciones Geográficas de Indias*, Madrid, 1881, tomo I, págs. 140 y sgts.

⁵ *Encolcar* llaman en el Perú a lo que en español castizo se dice *entrotar*.

que es más cercana; y han doblado así los pretextos de sus jolgorios y borracheras.

Coincidiendo con los usos casi universales, los labriegos del interior encienden las noches de San Juan hogueras multiplicadas. Es la fiesta del fuego. Movibles guirnaldas de luces chispean y se propagan alegremente en la obscuridad nocturna de las serranías. Las fogatas, agitadas por el viento, parecen responderse de cerro en cerro. En las poblaciones medianas no faltan los castillos de cohetes, a que son muy aficionados los habitantes; y en Julcamarca esa vez hubo además lidia de un toro con candela en los cuernos. Cuando se apagaron las raudas *palomas* incandescentes y las irisadas lluvias de Bengala, y se extinguió el eco de los camaretazos, penetró en la plaza un novillo con una estopa ardiendo en el testuz. Los indios ebrios le arremetieron a porfía⁶, y los chicos arreciaron la grita; pero el infeliz animal, desesperado con su infernal tormento, después de unas pocas embestidas al corro de toreros improvisados y de haber derribado a algunos, rompió el cerco de los espectadores y salió huyendo al campo, seguido a la carrera por la muchedumbre con algazara enorme. La función se frustró con esto, o cambió a los menos de escenario. El tropel se alejó hacia a las afueras; poco a poco los clamores se perdieron; y la plaza se fué vaciando de los que en ella quedaron. La luna pavonaba las rocas y los muros de adobe, y opacaba el centelleo estelar. Una nube blanquísima veló de pronto el argentado resplandor. En las callejuelas y los campos cercanos, las hogueras llameaban titubeantes, combatidas por las ráfagas del aire; y entre los ruidos de la fiesta aldeana, resaltaba, tras la delgada queja de los cantos y el sollozo de las *antaras*, el contraste del crepitante y convulsivo redoble de las danzas zapateadas.

De Julcamarca a Acobamba hay cosa de nueve leguas de fragoso camino. En este trayecto fué donde el diminuto ejército del General Cáceres, en su difícil retirada de Jauja a Ayacucho, después de haber contenido a los chilenos en Pucará de Huancayo, acabó de deshacerse con la horrible tempestad del 17 de febrero de 1882, en que sucumbieron los enfermos y heridos de la división, y arrastrados por una *llocjilla* (alud), rodaron a los abismos más de cuatrocientos soldados.

Salimos muy temprano de Julcamarca, al amanecer del domingo, en-

⁶ Los naturales de estas provincias conservan, en sus grotescas lidias de toros, la suerte o lance de rejonas, que se llamaba en la época colonial el *choque de moharras*, peculiar forma de toreo de los indios peruanos, antiguamente introducido por ellos en nuestra Plaza de Acho.

tre las clarinadas de los gallos y el balido de las ovejas. Bajamos una larguísima cuesta, pasamos el puente de piedra de Huaranjayllo; y por varias quebradas llegamos al río de Lircay, que recibe igualmente el nombre de Urubamba, como el Vilcamayo del Cuzco. Quedan al oeste las alturas de Lircay, y al este las de Cajas y la pampa de las Vizcachas, afamada por sus antiguas minas. El paisaje es muy parecido al de la vispera. A nuestra derecha, en el soberbio anfiteatro de la cordillera oriental, lucían los nevados. Tres de ellos tienen los títulos más poéticos. A uno, el primero comenzando del norte, le llaman los indios *Santiago*, por el resplandeciente patrón de los Españoles, a quien identificaron con las armas de fuego y el relámpago; al último hacia el sur, lo denominan *Rasuhuilca*, que en el dialecto quechua-aymara de la región, significa, según Carranza, *la montaña santa*; y al del centro le dicen *Cjorihuilca*, que equivale a *santo* y *dorado*.

De toda mi travesía desde Atococha a Acobamba, retengo con viveza las sensaciones de los puentes tembladores, de los arroyos cascajosos; de un prado pequeño y gramoso, cercado de sauces, donde paramos a almorzar, y por cuyos setos y tranqueras del frente apareció una india joven a ofrecernos la blanca chicha de molle; de unas laderas con manantiales, chorrillos y carrizos; de un torrente, sonoro de guijas, que las mulas se resistían a vadear; y de unos cerros anaranjados y morados, en cuyas faldas crecen los aloes y los cactus gigantes, como candelabros monumentales. Otros cardos semejan cirios verdes; y hay magueyes hispídos, de tono mohoso, que parecen espadas rotas. A veces, en el azul purísimo, a inconmensurable elevación, giraba el punto negro de un cóndor.

Después de haber seguido largo tiempo la misma quebrada de Julcamarca, volteamos, a mano izquierda, a la estrecha y honda de Lircay. Pasamos un puente de sogas, muy roto y combado en el centro. Es caluroso este valle de Urubamba de Lircay. Produce caña de azúcar, maíz, trigo, linaza y bastantes vides; y adornan sus tierras algunos cedros, y gran cantidad de higueras y otros árboles frutales.

Tomamos una muy parada cuesta al norte. Una cuadrilla de indios, del ayllu próximo de Huancayacu, componía cantando el pendiente y maltratado camino. Bajaba un rebaño de ovejas y cabras, precedido de negros perros lanudos, y guardado por una indiecita y un pastor viejísimo, abuelo de ella sin duda, y cuyas blancas greñas se escapaban del chuco de lana.

En la planicie superior hay un caserío, Choclococha, con iglesia y media decena de chozas de paja. Al aire libre se amontonaban las co-

rontas de maíz y las papas para el *chuño*. Luego descendimos por lomas anchas y descampadas, de yerbas amarillentas. El cielo tenía el profundo color zafíreo de un mar. En el horizonte se perdía una leve recua de llamas. A la izquierda, en un declive, aparece la extensa y verde vega de Acobamba. Sus pastos rodean una gran laguna coronada de totoras. El ganado matiza las orillas; y por las laderas del contorno trepan las segadas suertes de los trigales y cebadales. El cuadro es virgiliano, bajo la paz esplendorosa del sol. Al noroeste se ven las dos villas unidas de Acobamba y Anta. Oblicuamos entre los cerros y el risueño llano de la laguna. De trecho en trecho, un maguey levanta su rígida alabarda, como para vigorizar la suavidad campesina. En la entrada del pueblo, en un recodo y al borde izquierdo de la senda principal, hay una roca tallada, con asientos y escalones. Debió de ser ara de sacrificios, de las que D. Cosme Bueno señala en esta comarca. Algunas mujeres, con sombreros de fieltro y vivísimos trajes, cantaban yaravies, sentadas en el antiguo altar idólatra.

El nombre de Acobamba proviene de dos palabras quechuas, que quieren decir *llanura de arena*. Efectivamente está construida en una corta meseta arenisca y arcillosa, que se eleva al norte de la campiña y en la que desembocan huaycos secos de color rojizo y ocre. Se halla a 3540 metros de altura (Melitón Carbajal). La fundó el Inca Pachacútej, hacia la mitad del siglo XIV, con indios mitimaes de Huarochirí, como colonia militar para que consolidara la sumisión de los chancas y huancas⁷. Fué cabeza de toda la región, antes de la prosperidad de Huancavelica a mediados del siglo XVI; corregimiento español importante; y capital de la provincia de Angaraes, hasta los últimos tiempos. Aunque decaída y postergada ahora, por la competencia de su moderna rival Lircay y la pérdida de su tradicional industria alfarera, tiene Acobamba cerca de tres mil vecinos, incluyendo los de la contigua villa de Anta, que pegada a ella viene a constituir un arrabal suyo.

Cada una de las dos poblaciones reunidas conserva su iglesia parroquial. La de Anta, que es el barrio bajo y ocupa el pie de la ladera, me pareció la mejor. Es grande, churrigueresca y con muchos dorados. Celebraban, en la tarde del domingo, el trisagio de la fiesta de San Juan; y el cura, ante la apiñada concurrencia, predicó un largo sermón en quechua. La fachada, de piedra bermeja, se engalanaba con quitasueños y cadenetas de papel, que remecía el viento. Los indios se agolpaban en el techo y el campanario, y se alineaban en las cornisas. En el atrio y

⁷ *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo I, págs. 140 y sgts.



la ancha plaza delantera, efectuaban la elección de mayordomos, y hacían los últimos preparativos para la corrida de toros y la pelea de gallos. Los grupos, en continuo vaivén, semejaban la caja de colores de un pintor. Los ponchos masculinos y los anacos y las *llicllas* femeniles eran como un arco iris movable. Rojos furiosos, rojos sembríos, granates fajas violetas, celestes tiernos, amarillos de oro y naranja, azules profundos y verdes de mil matices se agitaban y revolvían. Todas estas violencias yuxtapuestas no disonaban, sin embargo. Formaban una armonía bárbara, pero muy rica y justa. En la luz rutilante, entre los áureos remolinos de polvo y junto a los hoscos barrancos salpicados de tunas, la fulguración de los vestidos representaba la verdadera sugestión del ambiente y como el complemento indispensable del paisaje.

Acabadas al anoecer las lidias de toros y de gallos, encendieron las fogatas y comenzaron las danzas. Un indio ciego recorría las calles, entonando al son de una arpa esos lánguidos *tristes* mestizos de Ayacucho, que se dirían bañados en llanto. Unas máscaras, rezagadas tal vez desde el Corpus, animaban el *taqui*, baile genérico del pueblo; y el bufo *huamanguino*, de chupa y calzón corto, dirigía la ruda comparsa. Bronceadas muchachas, más morenas que el trigo y el maíz recién cosechados, adornadas con cintas, abalorios y zarcillos de oro y plata, brincaban acompasadamente en honor del glorioso San Juan, que murió víctima de una bailarina de mayores refinamientos. En torno de las hogueras se movían las rondas de la grave cachua. El *huancar* tamborileaba infatigable; zumbaban los *pututus* y las *quepas*; y gemían las *queñas*, las flautas y las zampoñas (*ayarichij*).

La nochebuena de San Juan se limitó al barrio bajo. A mi alojamiento llegaban amortiguados los ecos de las endechas y de los instrumentos pastoriles. Era una melodía lastimera y monótona, entrecortada de pronto por un estallido bullicioso. La tenue frase musical se alarga, se repite interminablemente, suave, nostálgica y grácil, como aquellos senderos que serpentean en la uniforme y aterida desolación de las punas. Tañen las *queñas* su arisca y vulnerada quejumbre; y es su voz flébil una infinita imploración de piedad. Acentos de la raza montañesa, melancólica hasta en sus rústicos alborozos, a la vez cansada e ingenua, primitiva y antiquísima. Oprimida por seculares servidumbres, que cantan la tristeza de sus páramos y la miseria de su vida. ¡Con qué duelo se elevaban y se quebraban las notas en el aire frío, como un lloro tembloroso, entre los espirales de los fuegos de fiesta, bajo el lustror de la noche lunada y la radiante palpación de las estrellas!

PUCARA. PALLA HUARCUNA (tradición indígena).
LA CAMPIÑA DE HUANCAYO *

En la puna que separa los valles de Izcúchaca y Huancayo, hay un repliegue ocupado por los pueblos de Acostambo y Ñahuimpuquio. Las casas de Acostambo asoman en el crestón de un cerro, dominando el estrecho camino que va por la media falda. Son pocas, de pirca y sillar, algunas encaladas, y todas nuevas, porque el antiguo pueblo fué incendiado por la invasión chilena. La iglesia, chica y humilde, aparece a la vera de la senda de herradura más trillada.

Accostampu significa en quechua *tambo arenoso* o *posada de la arena*, por la composición arenisca de sus cercanías. Los Incas construyeron en él grandes alojamientos y depósitos, como que era pascana imperial del itinerario. Fué encomienda del conquistador y cronista Miguel de Estete, aquel que, según ya recordamos, derribó de las andas a Atahualpa en la emboscada de Cajamarca, y después obtuvo un tiempo el señorío de Curahuasi¹. Sus habitantes hablan español; son indios altos y bien parecidos, muchos de calzón corto y montera. Se hallaban, cuando pasé, en la cosecha de papas. Sus sembríos y trigales se dilatan en una verde cuenca, entre cerros redondeados, desde el pueblo de Acostambo, que está al principio de la corta llanura, y el próximo caserío de Pamo, hasta más de media legua hacia el Noroeste, remontando un arroyo. En tal dirección, acaba el llano con la aldea de Ñahuimpuquio, también reconstruída modernamente por haber sido quemada, como la anterior, cuando la guerra con Chile. Esta encañada andina es muy fría y ventosa, a causa de su elevación (3,700 metros). A la izquierda, se ven tierras anegadizas. A la otra mano y al frente, los cebadales y quinales tiraban ya por la estación al color amarillo pardo, uniformándose con el matiz de las laderas bajo el hondo y melancólico azul de la atmósfera. En los altos circunvecinos hay extensos pastales y numerosas majadas. Delante de las chozas se helaba el chuño; el riachuelo corría escaso; y en el fondo, la sierra de Marcavalle relucía firme y escueta bajo el radiante sol de invierno.

Ñahuimpuquiu quiere decir el *manantial de los ojos* o la *fuentes del mirar*; y así se llama por una vena abundante y perenne de agua muy delgada y pura que brota en la rinconada de los cerros, entre totoras y

* Le corresponde el número XV. Las correcciones manuscritas realizadas en el original por el mismo Riva-Agüero, aparecen en cursiva espaciada.

¹ *Revista Histórica*, tomo 30, trimestre IV.



breñas musgosas, y en cuya viva limpidez creyeron percibir los indios gentiles la expresión de una mirada humana. Rumbo al Este, sube el camino para el pueblo de Tongos. Por aquel lado parece que subsisten algunos restos de la calzada incaica. El vallecito de Acostambo se cierra en Ñahuimpuquio; y luego, por tres leguas, recorrimos los otros de icho que se unen al ramal de Marcavalle, hasta llegar al caserío del mismo nombre, junto a la quebrada y estancia de Challhuas. Es lindero entre los departamentos de Huancavelica y Junín.

Al oriente, hay una hondonada con varios cultivos. Doblamos a la izquierda; y en un repecho hallamos el tambo y las escasas viviendas de Marcavalle. Allí nos detuvimos a almorzar. Un puquio caudaloso fertiliza la ladera, y alimenta algunas acacias y otros árboles. De esta explanada, como de un balcón, se contempla la hermosísima perspectiva de la gran campiña, que tiene de fondo, hasta Jauja, más de catorce leguas. La vista, acostumbrada por tantos días a la opresión de los cerros, a la estrechez y agolpamiento de los horizontes serranos, se espacia deliciosamente en aquel despejado panorama, de espléndida fecundidad. Adviértense ya el movimiento y la animación que denuncian la cercanía de una comarca próxima y de un ferrocarril. Pasa un tropel de jinetes caminantes, que saludan tocándose los anchos sombreros de paja. En la puerta de la fonda hacen alto un destacamento de gendarmes y un grupo de oficiales de Estado Mayor, que marcha por la vía del Cuzco en viaje de estudio. Para la feria semanal de Huancayo, van las cargas en largas hileras de burros y llamas. De las gramosas punas descende un apiñado rebaño de carneros. Avanzaba albo y fluctuante como una oleada espumosa; y mientras comíamos, lo vimos aproximarse con agitada y osciladora lentitud. Desfiló ante la posada, y se perdió cuesta abajo, entre balidos temblorosos de las ovejas, traviesas carreras de las cabras, y el restallar de los chicotes de los pastores. Más allá, cerca de Pucará y la llanura, una recua de mulas trotaba, como nimbada por un polvillo de oro.

Este lugar de Marcavalle es histórico por un encuentro de la última guerra nacional. Aquí, el Domingo 9 de Julio de 1882, derrotó Cáceres al batallón chileno *Santiago*; al propio tiempo que los guerrilleros indios, armados con hondas y rejonas, destrozaban en Concepción a otras fuerzas chilenas. Consecuencia de tales combates, fué la reconquista de Huancayo y algunas más provincias del Centro.

Se baja a Pucará del Mantaro por una cuesta muy parada, de leña y media. El pueblo de Pucará (que en quechua es *fortaleza*) presenció otra honrosa función de armas, en la primera campaña de La Breña: el rechazo del Coronel chileno Estanislao del Canto, después de

cinco horas de pelea, por las tropas de Cáceres y sus auxiliares indígenas de Junín, Huancavelica y Ayacucho, el 5 de febrero de 1882. Está situada la población sobre una colina terrosa y al pie de un cerro en cuya cumbre existen las ruinas incaicas de *Llama Machay*. Tendrá cosa de dos mil habitantes. Entre arbustos y tapiales, sobre las casitas de tejas y de ligeros antepechos, se alza la cuadrada torre de la iglesia campesina. Desde Pucará principian propiamente los llanos de Huancayo, con sus vastos sembríos de trigo y maíz. Colocada la villa en altura, encima del collado dicho, a la falda de la sierra de Marcavalle, y junto a la profunda garganta de un arroyo que viene desde los nevados de Azapara, se halla encumbrada como en una galería o púlpito muy galano. De su plazoleta y la salida de sus callejuelas se miran, ya con mucha más claridad que de Marcavalle, los dilatados campos, las chacras y las frondosas arboledas que atraviesa el Mantaro; y entre la verdura se descubren los caseríos de tan poblada región, que no serán menos de cuarenta. Es una alfombra multicolor, que hacia el Norte se pierde de vista en blancas y azules lontananzas, y que a ambos lados limitan, a distancia de tres y cuatro leguas, los contornos de dos cadenas de cerros, todo encendido de luz radiante.

Pero aún cerca de esta serena hermosura del paisaje, el alma india ha localizado una de sus inspiraciones más poéticamente lúgubres. Cuatro leguas antes de Huancayo, entre Marcavalle y Pucará, y los arroyos de Upiá Huanca y Jatumpuquio, hay un paraje denominado Palla Huarcuna (*la Palla ahorcada o la horca de la Princesa*). En él, una peña ofrece vagas semejanzas con un perfil de una mujer adornada con collar y diadema de plumas. Los naturales referían a ella cierta tradición que don Ricardo Palma recogió en 1860 y consignó en el primer libro de las suyas. Siguiendo las huellas del maestro, vamos aquí a reproducirla y ampliarla.

Por los años de 1450, marchando a la conquista de Quito, Túpac Yupanqui se detuvo en el gran tambo de Izcuchaca. El crecido ejército, en toda la quebrada de Ancash Yacu, acampó bajo blancas tiendas de algodón. El Soberano, con sus mujeres, se aposentó en el palacio, compuesto por salas de cantería muy pulida, con techumbre y cornisas exteriores almagradas de barniz rojo y luciente, y azoteas y escaleras de piedra. Las puertas trapeciales, atestadas de guardianes y *camayos*, se cubrieron con pieles de animales raros y cortinas de finísimo *cumpi*. Decoraban el interior tapetes mullidos, hechos de alas de murciélago; mantas policromas, de telas de vicuña con dibujos de grecas, rollos y aspás, y en cuyas cenefas aparecían pintados grupos de caciques y combatientes; braseros de oro, en que ardían hierbas olorosas, gomas y re-

sinas de las selvas vírgenes, y zahumerio de pájaros pulverizados; petacas tejidas de gruesas raíces de la Montaña; pequeños espejos mujerriles, de bruñida plata; tinajas *refulgentes* con esmaltes y calados, vasos de intrincada ornamentación, copones y *vajilla* toda de metales preciosos y formas desmesuradas y fantásticas, algunas de las cuales remedaban en bulto niños, llamas y cóndores; resplandecientes escabeles, y bancos bajos con espaldares cóncavos, repujados a imitación de colas de aves y monstruos marinos. Vistieron los muros planchas portátiles de oro, con incrustaciones de pedrerías y relieves de figuras humanas, dragones, árboles y animales mitológicos; y en las múltiples y simétricas hornacinas cuadrangulares, deslumbraba el áureo reflejo de los ídolos gigantes y de las *aquillas*, enormes cántaros labrados por los más hábiles joyeros de la provincia Chimú. Algunos aposentos estaban enjalbegados de un estuco blanco, brillante e inmaculado como la nieve; y remataban en bóvedas superpuestas, a semejanza de campanas, última y admirada innovación de la arquitectura incaica². El patio mayor tenía en el centro el estanque para el baño exclusivo del Inca, forrado, como en gradas, con chapas de plata, y con un caño de agua fría y otro de las próximas fuentes termales. Se agolpaban en los corredores los dignatarios, Auquis, Huamincas, Apus, Sinchis, Aucacamayos y Curacas; y en la galería que miraba al jardín imperial, colocaron la *tiana* o trono, para las audiencias ordinarias. Los edificios circunvecinos se destinaban a la recámara y servidumbre particular del Monarca; y más allá de los grandes almacenes permanentes comenzaban los reales de las tropas, que en la estrechura sinuosa del valle tomaban dos leguas de largo. Se asentaba en primer término la legión noble de los Incas u Orejones, que usaba anchos turbantes (*llautos*), redondos y embutidos zarcillos de oro y mazas de cobre y sandalias muy adornadas, y llevaba consigo el supremo simulacro del dios Ppunchau y la sagrada piedra del cerro Huanacaurí. Venían después, por su orden: *los Canchis, ceñidas las frentes con listas rojas y negras*; los Canas y Collas *con monteras de lana*; *los Cuntis, Chancas, Charcas, Tucmas y Chilis, todos con gorros distintos, largas picas, banderas, pavese inmensos, y libreas de colores a modo de escaques*; *los Huancas, con barboquejos y los cabellos trenzados*; los Antis y Chunchos, con flechas emponzoñadas y los rostros pintados; y los Chinchas Yungas, con hondas (*huaracas*), jubones y ro-

² Consúltese la descripción que trae Jeréz del análogo palacete campestre en Cajamarca.

deles de algodón, *mantas como rebozos* y extravagantes máscaras.

Habían acabado ya las extáticas aclamaciones de los habitantes comarcanos, las ceremonias de la visita, y las adoraciones e informes de los gobernadores y quipocamayos lugareños; y una noche, el ejército descansaba. En el alto firmamento de la Sierra, fulgían las estrellas, lejanísimas. En los intervalos de las divisiones (*suyus*) y de los millares (*huarancas*), reposaban rumiando innumerables recuas de llamas. El aire agitaba los toldos y las flámulas del campamento. Algunas fogatas hacían relucir las lanzas de *champi*, fijas en las puertas de las tiendas; y apenas turbaba el silencio el eco gemidor y ahogado de una quena o de una antara. Cuando de pronto, inexplicable en esta calma profunda y en esta provincia tan pacificada y central, resonó extrañamente la gran trompeta de alarma, el *churu* de retorcido caracol. A la señal respondieron con estruendo los cuernos y los tambores. En el tumulto, las voces de los jefes despertaron y alinearon a sus hombres sobresaltados. Aquietada un tanto la confusión imprevista, se vino a averiguar la causa; la Mamacona de servicio había advertido en el serrallo del Inca la ausencia de la concubina favorita. En vano se registraron todos los compartimentos y dependencias del palacio y los depósitos; y se escudriñaron los cuarteles del real y los sitios inmediatos. Entonces, a más de media noche, encendieron hogueras de aviso en las cumbres; despacharon exploradores en diversas direcciones; y enviaron chasquis que a toda prisa comunicaran a las regiones vecinas el inaudito sacrilegio y la orden de buscar y detener a la fugitiva.

Era ésta una de las cautivas de la última campaña, en que habían sido sojuzgados los territorios de Chachapoyas y Moyobamba. La singular belleza de la prisionera, hizo que la reservaran para el Soberano. De tez ambarina, como tántas de sus comprovincianas, recibió por su relativa blancura el título elogioso y metafórico de *Mama Runtu*, con que designaban a las menos morenas de las esposas y concubinas imperiales. Ceñida y fajada la saya sedosa; las ropas, de preciado *ancallu* y de entretejida plumería tornasol, recamadas con las cuentas y brocados de chaquira de oro y plata; abultados los brazos y piernas por braceletes caprichosos y apretados, numerosísimas ajorcas y sartas de cascabeles, según los extraños cánones de la estética femenil aborigen; ³ arrebo-

³ Puede verse a este respecto lo que dice el Padre Morúa, en el Libro Primero de su *Historia y genealogía de los Incas*, que comenzó a publicar en 1911 don Manuel González de la Rosa.

ladas las mejillas con el *llimpi*; cubierta de infinitas joyas y coronada de turquesas y esmeraldas; suntuosa y relumbrante como un ídolo, macerada en perfumes, flexible como un junco; libre, viva y desenvuelta, como que era hija de los cálidos bosques; su hermosura eclipsó la de las otras mujeres, y sedujo los sentidos y el corazón de Túpac Yupanqui. Resaltaba marfilina y clara sobre el regio coro de sus compañeras, cetrinas unas como la fruta de los lúcumos, doradas otras como la flor amarilla de los amancaes, algunas leonadas, como el tusón de las vicuñas; obscuras las de la costa y los valles tropicales, como estatuas de bronce. La cautiva del Norte encantó y triunfó en los severos palacios incaicos. La ensalzaron los poetas *harahuicus*; para ella consultaron en los astros presagios venturosos los sacerdotes y amautas; y en su honor los bufones extremaron los acertijos y donaires. Pero el tedio solemne del serrallo la oprimía. Se sentía extraña, aislada contra los celos de las preferidas; amedrentada ante las desdeñosas, altivas y taciturnas princesas quechuas de estirpe solar, y la innata melancolía de las demás pallas serranas. Sólo congeniaba con algunas alegres yungas, traídas de las ardientes playas del Septentrión, lascivas y burlonas, envueltas en mantas multicolores, todas depiladas y ungidas de aromas, y allí tan exóticas y desterradas como ella. Reconoció por acaso, en el gran patio del Cuzco, a un curaca de su tierra, recién venido a la obligatoria temporada en la corte; le habló; recordaron ambos las dulzuras del suelo natal; y, como la Sulamita bíblica o la Cusi Coyllur del *Ollanta*, prefirió el cariño del joven compatriota a los halagos del amo omnipotente. Ya no soñaba sino en huir de la helada y dura Sierra, de los graves esplendores y la sombría disciplina imperial, y refugiarse con su prometido amante más allá aún de las comarcas nativas, en las espesuras fragantes y fabulosas, en las selvas impenetrables, exentas del yugo cuzqueño. Cuando supo que ella y el Curaca serían de la jornada al Cañar y Tomebamba, se exaltó hasta enloquecer, imaginando fácil la fuga en las peripecias del viaje y de la guerra. Comunicó el designio al intrépido cacique de Moyobamba y le arrancó su aceptación, deslumbrándolo y fascinándolo con protestas amorosas, y amenazándolo con delatarlo y perderlo si se negaba. En el camino el plan de evasión; y temerosa de que recayeran sospechas en su trato, se decidió a ponerlo por obra no bien llegados a Izcuchaca.

Aprovecharon los cómplices la confianza general y el bullicio del campamento al caer la noche; y burlando la vigilancia de los guardias ganaron los cerros de Acostambo. Se apartaron de las aldeas, indicadas en el horizonte nocturno por los fuegos domésticos; y treparon por los senderos de pastores, entre las breñas más ágrías. Quizás se proponían torcer luego al oriente, y salvarse en las intrincadas florestas y ciénegas

de Chanchamayo y Rupa Rupa⁴; o continuar al Norte, y a través de Huánuco, todavía mal domado, seguir el Huallaga abajo, la legendaria ruta de Uscohuilca y suscitar una insurrección de frontera, como la reciente de Ollanta en el Antisuyo. Mas, pasado el primer momento de consternado estupor, la persecución de los servidores del Inca fué tenaz y activísima, a la luz de un sinnúmero de antorchas. Con la prisa y avidez por la captura, y lo incierto del rumbo de los fugitivos, mientras unos destacamentos cruzaban el río por el puente de criznejas, otros lo remontaban o lo surcaban en diversos parajes nadando sobre redes de calabazas. A punto de amanecer, lograron dar alcance al Curaca y la Palla, traspuesta la Cordillera, cerca ya de los manantiales y el pueblo de Huayacachi y algo adelante del riachuelo de Upia Huanca.

Llevaba el Curaca un arco muy alto, de durísima chonta, cuyas flechas tenían arpones de agudo pedernal, untados en veneno; y cuando oyó la grito de los primeros corredores que lo avistaban, se detuvo, echó al hombro izquierdo la amplia yacolla que vestía, colocó a la Princesa a sus espaldas para cubrirla de los tiros arrojadizos, y comenzó a asae-tear con feroz denuedo. Su misma compañera lo ayudaba con el carcaj. Cayeron en los riscos algunos asaltantes. Entonces se levantó una terrible vocería, y redobló el *huáncar* para advertir atrás a los soldados. Al poco rato los perseguidores formaban un círculo humano movible, un aro que se estrechaba rápidamente, como en los *chacos*, grandes cacerías imperiales. Pretendieron al principio coger vivos a los culpables; pero al verse repelidos con tanto encarnizamiento, despidieron una lluvia de piedras y flechas. El bravo indio les hacía rostro y combatía con el coraje de la desesperación. Tapó con su cuerpo el de su amada; y al cabo se desplomó bajo la nube de proyectiles. Ya de cerca lo lacearon con un ayllu, cuerda que remata en dos pesas redondas. Cuando lo asieron, espiraba. Tenía clavado en la garganta un dardo; otro, en el pecho, se balanceaba aún por la violencia con que fué arrojado; y la sangre empapaba sus vestidos. Debajo, acurrucada, herida levemente, deshecho el tocado y descompuestas las galas, gemía la concubina de Cápac Inca. Con femenino flaqueza, imploraba ahora piedad.

Túpac Yupanquí era *tan piadoso en la paz como cruel en la guerra*⁵; sus vasallos lo apellidaban el Dominador Radiante y Justo, el Espíritu de la Equidad. Pocos años antes había libertado a su hermana Cusi Coyllur (*la estrella de la alegría*), y la había desposado con su se-

⁴ En la geografía incaica, la denominación de Rupa Rupa corresponde a las regiones del Pozuzo y el Pachitea.

⁵ Sarmiento de Gamboa, *Historia General índica*, Segunda Parte, 54.

ductor el rebelde Ollanta; pero el crimen de esta esposa suya era incomparable y no alcanzaba remisión. No debía ni podía perdonarla.

Sólo por el incorpóreo matrimonio con el Sol y la santa castidad del excelso convento del Cuzco, se permitía renunciar al tálamo del Inca, como en el reinado siguiente lo hizo la Princesa Cuca, que rehusó reinar como Coya y casarse con su hermano Huayna Cápac, por ser abadesa de las Acllas⁶. La infidelidad conyugal para con el Soberano, era un delito tan monstruoso, que la imaginación del pueblo no osaba figurársele; y su impunidad habría desatado sobre el Imperio los más tremendos castigos celestes.

Túpac Yupanqui, sereno en su alteza, ajeno tanto a la debilidad de la compasión ilícita como al arranque de la ira, se dirigió sin apresurarse a su acostumbrada etapa del Tambo de Acos; y se dispuso a cumplir con el deber de ordenar y presenciar la ejecución. La favorita, al igual de las sacerdotisas impuras, debía ser liada viva al cadáver de su amante; y ahorcada luego sobre el cuerpo de éste⁷. El Inca, con todo su séquito, llegó al lugar en que la prendieron y la guardaban. Ella, al ver aproximarse las resplandecientes andas de su real esposo, intentó suplicar y clamar; pero la inaccesible expresión del Monarca la hizo enmudecer. Comprendiendo su destino inevitable se resignó y cerró los ojos. Desfilaba el ejército, apretado, lento y sordo; y los pasos de aquella muchedumbre parecían una fúnebre crepitación. Por fin, ataron a la Princesa junto con el hinchado cadáver del Curaca, en el que se ennegrecían los cuajarones de sangre; e izaron el bulto horrible en un horcón de palo.

Antes de que le anudaran el lazo fatal, la concubina abrió los párpados, para despedirse de la vida en una última mirada. Sobre la abigarrada mancha de las tropas, ornadas de armaduras y plumajes, la refulgente litera del Inca se erguía como una balsa de oro sobre un mar de luces. La enigmática insignia del Súntur Páucar se recortaba en el cielo verdoso y violeta; y el Sol, como aplacado por el holocausto, descendía tranquilo en la majestad de su púrpura divina. Frente al patíbulo y en primer término, estaban los vasallos y comprovincianos del Curaca de Moyobamba, para que advirtieran mejor el escarmiento.

Los delincuentes sacrílegos no recibieron sepultura, a fin de que fuera eterno el suplicio de sus almas en la otra vida, en el Ucupacha de las

⁶ Véase la nota de Jiménez de la Espada, al fin del Apéndice a *Las Antiguas Gentes del Perú* del Padre Bartolomé de las Casas.

⁷ Véase Pedro Sarmiento de Gamboa, Op. cit. Cap. 52.

sombras. Quedaron colgados los cuerpos de la horca infame, como fruta de oprobio, para ser pasto de las aves carniceras; pero los habitantes de la comarca pretenden que Supay el Espíritu del Mal, transformó los trágicos despojos en peñascos, y que por eso una roca presenta la figura de la Palla ajusticiada. Las lágrimas que vertió, alimentaron el arroyo de Upia Huanca; de noche, suspira y se queja en el viento; a veces a la luz de los relámpagos, muestra por instantes su rostro de funesta hermosura; y pierde y despeña a los viajeros que se le acercan en las tinieblas.

La tétrica impresión de la leyenda se desvanece en la amenidad del campo y bajo la alegría del sol, que hace brillar el cielo azul blanquecino, como una concha de nácar. Las dos leguas y media que hay de Pucará a Huancayo, son un prolongado jardín. Numerosas quebraditas y encañadas, cubiertas de sembríos, desembocan en el valle espacioso. Abundan los árboles: sauces, *mitos*, álamos, eucaliptos, acacias, guindos, manzanos, membrillares y perales, que aumentan y se agrupan en huer-tas a medida que nos acercamos a Huancayo. Entre ellos y los prados de alfalfa, se suceden los maizales bronceados, ya en cosecha, y la rubia y ondeante marea de los triguales maduros. La carretera, ancha y bien cercada, va entre olorosas y doradas retamas, cactus de hojas duras y flores encendidas, y arbustos espinosos llamados *tanquis*. Algunas alcantarillas se alzan sobre torrentes secos por la estación. A veces, en medio de los cultivos se *hacinan* montoncitos de piedras, recogidas cuidadosamente por los labradores, para mejorar el suelo. A la izquierda, el Mantaro se dilata, sosegado y pacífico ensanchándose entre cascajo y arboledas; y a uno y otro lado, los cerros superponen sus andenes, y dejan entrever los remotos pastales de las grandes haciendas de la puna. Es un cuadro de clemencia augusta, de fertilísima geórgica. Pasan varias yuntas, adornados los testuces con flores silvestres y con rapacejos de lana. Queda a la derecha el pueblo de Sapallanga, que fué antaño notable por sus tejidos, como que en él estableció, a mediados del siglo XVI, el primer obraje del Perú su Señora Encomendera D^a. Inés Muñoz, la viuda de D. Antonio de Ribera y de Martín de Alcántara, el hermano materno de Pizarro, fundadora del monasterio de la Concepción en Lima. Viene después, entre alamedas frondosas, el caserío de La Punta; y a una legua corta comienza la Calle Real de Huancayo, la más larga y animada de todas las que he visto en la Sierra.

Algunas casas de dos pisos tienen aspecto colonial, con curiosos balconcitos morunos de celosías y galerías altas de madera, cubiertas con tejados cónicos de color carmesí o rosa pálido. Por desgracia, la reciente introducción de los techos de misera y rahez calamina ha princi-



piado a desfigurar y afear el caserío dándole a menudo el aspecto de una vulgar factoría. La Plaza de Huamanmarca, también de voladizo balconaje, se cierra al Este con los muros de una antigua iglesia derruida. Ocupa dicha plaza el bullicioso mercado indio.

La ciudad de Huancayo ha adelantado mucho con el ferrocarril, y se halla en gran prosperidad comercial. No bajará hoy el vecindario de 14,000 almas. A más del desplomado templo de Huamanmarca, tiene otras dos iglesias: la Matriz y la capilla de la Merced. Una de ellas data de principios del siglo XVII. Todos los moradores hablan castellano. Como ocurre siempre en el interior, los vestidos se confunden con el más pintoresco desórden. Junto a los trajes semieuropeos de los blancos y mestizos, aparecen los ponchos y sombrerones de los cholos; los redondos faldellines punzóes, los monillos y las llicllas multicolores, los anacos bordados y ribeteados de plata, los rebozos de bayeta y los negros *cotones* de mangas cortas de las indias. El tipo es fuerte, elevado y fornido. Muchos propenden a la esbeltez. Físicamente, la raza huanca me parece que lleva gran ventaja a la quechua y la colla. En toda la sierra peruana es de notar que a medida que se baja hacia el Norte, mejora sucesivamente la fisonomía indígena, y aparece menos ruda y tosca; así hay a este respecto progresión continua del puneño al cuzqueño, al ayacuchano, al jaujino, al huanuqueño y al cajamarquino y chotano.

Los españoles fundaron Huancayo bajo la advocación de *La Santísima Trinidad*. Fué en la Colonia uno de los más principales centros de la industria textil; y en la guerra de la Independencia, cuartel general de Canterac y sus Realistas. Pero el mayor de sus recuerdos históricos es el Congreso que allí funcionó, en la iglesita de La Merced, y que expidió la Carta de 1839. ¡Lástima que esta simpática y tan activa ciudad traiga a la mente, por inevitable asociación de nombres, uno de los momentos más dolorosos de la República!

Estaba destruída la Confederación. Por la intervención chilena y la vergonzosa discordia de nuestros políticos criollos, se había frustrado el único propósito de veras grande que ha animado la vida nacional después de la emancipación americana. Irreparablemente segregado de las Provincias Altas, se reconstruía el Bajo Perú. A este aflictivo detrimento le llamaron la Restauración. Así nos hemos *restaurado* de continuo en nuestra historia, cada vez sobre bases más pobres y estrechas que las anteriores.

El régimen confederado había puesto de moda entre nosotros que los congresos se reuniéran, nó en las capitales, sino en villas, o ciudades tranquilas y apartadas; y los enemigos de Santa Cruz lo imitaron en esto como en muchas otras cosas de más importancia, aunque nó por

cierto en las mejores. La Asamblea se instaló el 15 de Agosto del 39, con asistencia de Gamarra y sus Ministros Castilla y Benito Lazo, presidida por don Manuel Ferreyros. Acabo de leer las actas, el mensaje presidencial y alguno de los discursos. ¡Qué mediocridad y ramplonería tan lamentables! El alma se oprime ante ese espectáculo de infinita pequeñez, en que no hubo ni un asomo de novedad ni un arranque sincero, ni una chispa de talento. Estos hombres de hablar tan descolorido y opaco, ¿tenían acaso conciencia de que, en bien o en mal, decidían la suerte del Perú por un largo período? Las palabras y las actitudes quedaron muy por debajo de las circunstancias, que eran tristes pero tan importantes y solemnes. Aquellos improvisados legisladores no se hallaban a la altura de entenderlas.

El Protector a pesar de su yerba e inexpresiva frialdad indígena, todavía, al caer del gobierno y desasirse del mando, pensaba en la *intima armonía y el engrandecimiento del Perú y Bolivia*⁸. Sus adversarios no podían lícitamente eludir a la grandeza. Anhelaban sólo *paz y reposo doméstico* (Respuesta al Mensaje). En las alocuciones y los documentos y artículos oficiales no se cansaban de ensalzar *el desinterés y la sublime política del Gabinete Chileno y de su país, que era aliado natural del nuestro*; contradiciendo a Santa Cruz, que sostenía: "Chile funda la idea de su prosperidad en la desorganización y la ruina del Perú"⁹. Experiencia inolvidable y crudelísima ha demostrado quién tenía la razón.

El bochornoso órgano periodístico de los Restauradores, después del combate de Guía (en que fueron derrotadas y acuchilladas las mismas tropas peruanas que se apartaban de la Confederación), estampaba, sin que un último resto de pudor patrio detuviera la infame pluma: "Si alguien mira a los chilenos con odio injusto, ese no puede ser peruano. ¡Cuánto mejor nos hubiera sido ser presa de un *araucano* que de Santa Cruz!"¹⁰. Y la Asamblea de Huancayo, igualándose a sus asalariados gaceteros, estatuyó *victoria nacional tan gloriosa como las de la Independencia y digna de perpetuo aniversario* la batalla de Yungay o Ancash, en que doce cuerpos chilenos y apenas dos peruanos, en totalidad muy cerca de 9,000 hombres, batieron a menos de 6,000 confederados, de los cuales casi las *dos terceras partes* eran peruanos, y cuya más notable

⁸ Nota de renuncia, fechada en Arequipa el 20 de Febrero de 1839.

⁹ *Proclama de despedida* y la del Cuzco de! 17 de Agosto de 1838.

¹⁰ Periódico oficial *El Peruano*, número 7, correspondiente al Viernes 14 de Septiembre de 1838.

víctima fué el bizarro general arequipeño Anselmo Quirós¹¹. Pero el colmo de la ignominia estuvo en la inaudita declaración que el caudillo triunfante, el propio Presidente Gamarra, se atrevió a insertar en su mensaje inaugural del Congreso: "La unión con Chile se hizo necesaria como un medio de ahorrar los cuantiosos gastos que causara la creación de un ejército capaz de defendernos de Santa Cruz"¹². La mengua no puede ir más allá. Para ahorrar los esfuerzos y desembolsos que requería la formación de un ejército meramente peruano contra el sistema de la Confederación, aún después del pronunciamiento de Orbegoso, había que implorar y sostener el depresivo patrocinio del país que la atacó sólo por arrebatarnos con aquella la primacía política y comercial. Bolivia no se nos rezagó en estas indecentes palinodias; y su presidente Velasco felicitaba al de Chile "por el triunfo de Yungay, alcanzado sobre el enemigo implacable de la heroica nación chilena" (Potosí, 26 de Febrero del 39). Era el vértigo de la más inconsciente pero más escandalosa abyección. ¡Cuántos años de obscuridad y apocamiento, cuánta sangre, cuántas tristezas y cuántas angustias y lágrimas nos ha costado y nos costará aún la torpeza insigne de aquella maldita generación, que, entre necias veleidades e indecorosos chismes, dejó perder las condiciones de regeneración y estabilidad interna, de seguridad y poderío internacional que la Confederación ofrecía!

Los constituyentes de Huancayo, en su infeliz ceguera, se imaginaban que *las bendiciones de los pueblos conmovieran sus cenizas en el sepulcro* (Discurso de instalación del Presidente del Congreso). No es bendición, por cierto: no es siquiera olvido piadoso, lo que merece el recuerdo de su obra mezquina. No la perdona quien tiene inteligencia y sentimiento de nuestra nacionalidad.

Descendamos en nuestra meditación histórica a las circunstancias significativas y los pormenores necesarios. Tras de haber saciado sus odios con las medidas de proscripción del 21 de Setiembre, que ponían fuera de la ley las personas de Orbegoso y Santa Cruz, se dedicaron a repartir subvenciones, condecoraciones y medallas, exenciones y dispensas particulares; a dividir provincias, a crear distritos, y a otorgar prodiga y risiblemente los títulos de *ciudades y villas beneméritas, heroicas,*

¹¹ Paz Soldán, *La Confederación*, págs. 263 y sgts. *El Peruano*, número 23, impreso en Huacho el Lunes 19 de Noviembre de 1838. Mensaje de Santa Cruz al Congreso de Bolivia, fechado en la isla de La Puná el 12 de Marzo de 1839.

¹² Mensaje del Presidente Provisional de la República al Congreso, publicado en *El Peruano* del Sábado 14 de Setiembre de 1839.

incontrastables y hermosas a una infinidad de pueblos y caseríos; en suma, a la vulgarísima tarea de las legislaturas más inútiles. Por fin, el 10 de Noviembre dieron su Constitución pseudoconservadora, reflejo y adaptación de la chilena, y cuyos redactores principales fueron el Coronel D. Bernardo Sofía y el *Sacerdote* D. Higinio Madalengoitia. ¿Qué eco despiertan hoy tales nombres, ni los de sus colaboradores, *el abogado* Navarrete y los clérigos Charún y Pellicer? ¹³

Lo anónimo de ellos amortigua un tanto la indignación que provocan sus errores e inconsecuencias. Por contradecir en todo las tendencias de la Confederación, multiplicaron las restricciones y trabas para con los extranjeros, sin comprender que la inmigración y los capitales de Europa significaban vida e influencia civilizadora. Los mismos que improbaron la supresión de los concejos provinciales dentro del régimen federativo, no creyeron oportuno restablecerlos para contrapesar el centralismo que organizaban, y sustituyeron las municipalidades con los intendentes de policía. Los que tanto clamaron por la autonomía y respeto del Poder Judicial, lo entregaron a merced del Ejecutivo, atribuyendo al Presidente los nombramientos y la facultad de trasladar a los magistrados, y al Consejo de Estado, por iniciativa presidencial, la de remoción absoluta. Luego, ya en vísperas de cerrar sus sesiones, este mismo Congreso Constituyente renovó y ensanchó la esclavitud, con refinada hipocresía, por medio del célebre *patronazgo de libertos*; restableció el montepío civil; y suspendió por el momento la rebaja de diezmos, a pesar de la pobreza general. En seguida, satisfecho de tan proficuas tareas, se puso en receso el 28 de Noviembre del 39; y señaló para su reapertura el año próximo en Lima. Tal vez los diputados creyeron sinceramente, en su escasa previsión, abrir una era de legalidad, convalecencia y paz. Pero la impureza y la ruindad de que ésta nació y que seguían inspirándola, le prevenían y concitaban enemigos interiores y fatídicas amenazas externas. A más de los antiguos liberales y de los muchos santacrucinos fieles, Vivanco, el brillante reaccionario, que al lado de sus innegables defectos tenía tan generosas cualidades, protestaba contra esta adulteración y parodia del sistema conservador. En Bolivia, Ballivián, alentado y protegido con las intrigas de Gamarra, nos preparaba el desastre de Ingavi. Por aquel mismo tiempo, comenzaba a exportarse el guano, la riqueza estercolar que iba a acabar de infestarnos y corrompernos. Con lentitud inexorable de sonámbulo, el Perú seguía su marcha al abismo.

La situación que generó y determinó esta Constituyente de Huanca-

¹³ Pellicer fué canónigo de Lima; Madalengoitia y Charún, Obispos de Trujillo.

yo, fué una de las que con más funesta eficacia torcieron hacia los pantanos de la pequeñez y la miseria moral, el rumbo de nuestra historia. Sus daños esenciales aún perduran. Su prudencia senil y medrosa expresó el menoscabo de la tierra y del alma peruana, la resignada aceptación de la mediocridad. Los representantes gamarrinos ratificaron y consagraron el repudio del ideal *pan-peruanista*; y condenaron así al Bajo Perú a ser un país trunco y de segundo orden en la América Meridional, sin ningún alto designio ni más fin exterior que resguardar contra Bolivia las difíciles fronteras del Sur, hasta que, por inevitable corolario, viniera a arrebatárnoslas a ambas naciones gemelas, vinculadas en alianza laxa y tardía, la nueva potencia entronizada por nuestra desunión como dominadora en el Occidente sudamericano.

EL CONVENTO DE OCOPA *

De Huancayo a Concepción, el tren va por campos de trigo y maíz, entre caseríos alegres y onduladas colinas. Junto a los magueyes y los eucaliptos que decoran la carretera, desfilan recuas de llamas. Pasamos la animada población de San Jerónimo; y llegamos a la de Concepción, oculta tras de un collado, y en cuyo paradero y cercanías se cimbran altas y apretadas arboledas.

La villa española de La Purísima Concepción tuvo por nombre indígena *Achi*. En ella, desde los primeros decenios coloniales, fundaron un convento recoleto y un hospital los frailes franciscanos, que siempre han enseñado y predominado en la comarca, al paso que Huancayo fué doctrina de los dominicos. A principios del siglo XVIII la Recolectión de San Francisco se trasladó a la inmediata aldea de Santa Rosa de Ocopa, y ascendió a Colegio *De Propaganda Fide* y centro de las más activas misiones de la Montaña.

El camino de Concepción a Ocopa tiene una legua de largo. Es muy llano y ameno; y tuerce hacia el Noreste, orillado por un claro arroyo y por viales de sauces, alisos y saucos. De pronto, en un recodo, aparece la quieta y blanca aldehuela de Santa Rosa; y en un prado de fresca verdura, entre altísimos eucaliptos, se levanta la alba iglesia con sus dos gallardas torres y la imagen del Cristo Salvador que bendice el valle. Era ya cerca del mediodía. La cúpula encalada y la cruz que la corona, resaltan fulgurantes sobre el fondo de los cerros, que ofrecen tintes

ocres y reflejos azulinos de pavón entre los toques verdosos y amarillentos de la hierba agostada. Hace un calor de sequedad extraña, aunque el viento delgado de la serranía remece el follaje de los árboles. En la esplendente cuenca del cielo, se agolpan nubes pequeñas y redondas. Otras están posadas en las cumbres, como un coro de apariciones virginal y extático. Algunas se deslizan en el azul bruñido, semejantes a la bandada de palomas que gira más acá, en derredor del templo; aquellas tradicionales palomas de Ocopa, loadas poco ha por Juan Lavalle, cantadas por Carlos Amézaga en el primero y menos trabajado de sus poemas:

Alli al cazador no temen
ni al gavilán, que remonta
su vuelo, oyendo el tañido
de las campanas de Ocopa.¹

A la derecha de la iglesia se extienden viviendas tejadas, bajas y humildes; a la izquierda, está el convento, de dos pisos, también cubierto de tejas color de grana. En la portería cuchicheaban algunas beatas del pueblo, tocadas con mantas negras y mantones de bayeta; y un grupo andrajoso de indios pordioseros aguardaba el reparto de la sopa conventual. Era la vigilia de San Pedro; y almorzamos de viernes en un cuarto reducido, que es refectorio de huéspedes. En la pared, una oleografía representaba al segundo pretendiente español D. Carlos, testimonio ostensible de las creencias políticas de los frailes vascongados y navarros, que componen la mayoría de la comunidad.

No me parecieron muy espaciosos los claustros. Uno de ellos, el principal, que sin duda es antiguo, tiene en el centro un risueño jardinillo en que varios pinos, cipreses y arbustos sombrean violetas, rosas, claveles, adormideras y fucsias de flores amarillas y bermejas. El agua reluce y borbota blandamente en las tres tazas concéntricas de la pila. Y en la paz de este silencio, una melancolía indefinible nace de la luz violenta, que cae del cielo profundo, se asienta en los tejados y en las labraduras y cornisas de las arquerías, tiende listas anaranjadas sobre los muros blancos, cabrillea en la frescura del agua, y penetra en duros recortes por los corredores embaldosados de ladrillos, contrastando con la

¹ Carlos G. Amézaga, *La Invasión* (en el primer *Ateneo*); Juan B. de Lavalle, *Recuerdos de un monasterio viejo que se renueva* (En el volumen intitulado *En la paz del Hogar*).

obscuridad de los zócalos y de las pinturas piadosas en las paredes. Da una sensación intensa, de reposo ardiente y triste.

La iglesia, en cambio, es hoy de vulgaridad deplorable. Se ha incendiado varias veces; la última hace poco, y quizá no sin intervención del estúpido y grotesco anticlericalismo serrano. La han reconstruido recientemente, y por desgracia con el gusto más insípido que cabe imaginar. Sólo dos retablos dorados, de talla colonial, únicos vestigios del primer templo, ponen una leve nota significativa e histórica entre la helada mediocridad y la presuntuosa y burguesa baratura de los altares nuevos y las imágenes modernas, la parodia seudogótica de las vidrieras de colores, y el reciente pavimento de mármol y de pobres mosaicos del país. En el coro hay un órgano alemán, de buenas voces. Su música atenúa en algo la mala impresión de la iglesia. En la sacristía hay algunos cuadros antiguos y figurillas bien modeladas en piedra de Huamanga.

La biblioteca del convento es bastante aceptable. No faltan libros viejos, encuadrados en pergamino, principalmente crónicas de la Orden y del Perú, y entre éstas la primera edición de la de Cieza, cuya descripción del valle me detuvo a hojear. En una galería interior guardan una mediana colección numismática española, con monedas de los califas moros y del Rey San Fernando, y algunas romanas de Tarragona, traídas por un padre catalán. Allí mismo han arreglado un cortó museo de la Montaña, con armas y artefactos de los indios catequizados por la Comunidad. Muestran en el primer claustro un curioso mapa de la región boscosa del Perú, dibujado por el difunto P. Gabriel Sala, célebre explorador contemporáneo;² e ingenuos frescos que representan los martirios en el Manoa, en el Pozuzo y en Huanta, acaecidos en el siglo XVIII. Estos recuerdos de la sangre vertida en las selvas, constituyen efectivamente las ejecutorias de nobleza del monasterio y los mejores timbres de su historia.

Lo fundó el Venerable Fray Francisco de San José, natural de Mondéjar en Toledo, cuya beatificación se procura, y que antes de profesar se llamó Melchor Francisco Jiménez, y sirvió al Rey D. Carlos II como soldado por seis años en las últimas guerras de Flandes a fines del siglo XVII. De vuelta de sus campañas, se metió fraile, predicó en tierras de Méjico y Guatemala a indios cristianos e infieles, y llegó al Perú en 1708. Se hallaban a la sazón desamparadas las reducciones franciscanas en los matorrales y arcabucos de Chanchamayo, el Cerro de la

² El fundador de San Luis de Shuaro y otros pueblos, a fines del siglo XIX; y autor de un libro sobre el Alto Ucayali y el Gran Pajonal (Lima, 1897).

Sal y Panataguas de Huánuco, por la sublevación de los salvajes y las mortandades de 1664 y 1704 respectivamente. Para repoblar aquellas conversiones, cuyas ruinas había visitado, Fray Francisco edificó este convento, colegio central y seminario de misioneros, situado en las cercanías de una buena entrada a la región de la Montaña y junto al pueblo de la Concepción de Achi, antiquísimo curato de su orden. En la rinconada y el caserío de Ocopa existía desde mucho antes una capilla, al cuidado de los franciscanos doctrineros de Concepción y dedicada a Santa Rosa, no lejos de una famosa huaca, derruido adoratorio gentilicio, situada hacia el Noreste, por Quichuay. Al pie de la ermita, y en campos que donó el Curaca, principiaron a construirse la iglesia y las celdas del monasterio y el hospicio, en 1724. Se emplearon veinte años en la obra. El fundador y director de ella no pudo verla concluida: falleció muy anciano en 1736, según consta por el epitafio de su sepulcro, que está a la izquierda del coro. Un retrato suyo se ve en el claustro principal. La crónica legendaria de sus hermanos de hábito lo llama *segundo Francisco Solano*; le atribuyen milagros, profecías y don de lenguas; y refiere que los tigres de los bosques amazónicos se le humillaban y que los demonios aullaban ante sus exorcismos. Es el suave y postrer eco peruano de la más genuina hagiografía³.

A la muerte de fray Francisco de San José, ya sus misioneros habían penetrado en la Pampa del Sacramento, nuestra Mesopotamia exuberante, entre el Huallaga y el Ucayali; y poco después recorrían el Ene, el Perené y todo el Gran Pajonal. Mas ocurrió entonces la insurrección de Juan Santos, intitulado *el nuevo Atahualpa*, ensayo algo bufo de la restauración indígena, que fué como el preludio de la rebelión de Condorcanqui. Este Juan Santos, indio cuzqueño, que había estado en España, viéndose perseguido en Huamanga como homicida, se fugó a la Montaña por el lado de Huanta, y proclamándose Inca, acaudilló las tribus del Chanchamayo y el Cerro de la Sal, y destruyó cuarenta y cinco poblaciones y rancherías, con matanza de numerosos frailes y neófitos. Fueron infructuosas las expediciones de las tropas virreinales: cayeron los fortines de Quimiri⁴ y Sonomoro; y en 1752 el rebelde amagó el valle de Tarma. Cerrada con esto a la evangelización la ceja fronteriza de los bosques más próximos, los religiosos avanzaron por el Norte, desde Pataz y Cajamarquilla, a las llanuras ribereñas del Ucayali.

El apogeo de las misiones fué la segunda mitad del siglo XVIII,

³ Véase la *Historia de las Misiones de Ocopa*, dos tomos (Barcelona, 1883).

⁴ Muy próximo a La Merced actual.

cuando, acabado el alzamiento de Juan Santos, los franciscanos de Ocopa recuperaron lo perdido, desde Huanta hasta Maynas; se encargaron un tiempo de Lamas en el Huallaga y Chiloé en Chile; fundaron los pueblos de Contamana y Chunuya, al oriente del Ucayali; descubrieron el curso y la navegación del Pozuzo y del Mayro; y hallaron por fin el camino del río Tambo, cuya confluencia con el Urubamba colonizaban en 1815, y las remotas cabeceras del Yavari, del Yurúa y del Purús, que visitaban casi al propio tiempo. Bajo la guardanía del P. Sobreviela, colaborador del *Mercurio Peruano*, el convento de Ocopa contaba con ochenta y cinco frailes; y además de las empresas entre infieles, enviaba continuamente predicadores a todas las provincias del Virreinato.

La invasión francesa en España detuvo y abatió el empuje de las tareas misionarias; y la guerra de la Independencia sudamericana las deshizo por completo. Los padres peninsulares emigraron o fueron desterrados. Las aldeas de las reducciones quedaron deshabitadas, y los indios conversos volvieron al salvajismo. Únicamente el misionero criollo fray Manuel Plaza, se sostuvo en Sarayacu, a orillas del Ucayali, en absoluto aislamiento y abandono por cerca de veinte años, sin comunicación alguna con su Orden ni con el Perú civilizado y sin tener siquiera con quien hablar castellano. Su abnegada constancia logró conservar-le al Perú el dominio efectivo de la Pampa del Sacramento.

Entretanto, el convento de Ocopa se cerró. El gobierno independiente llevó los frailes a Lima y los dirigió a las fortalezas del Callao, defendidas por el general realista Rodil, quien, para no aumentar las bocas inútiles en la plaza, asediada, los rechazó a balazos. Los expulsos tuvieron al cabo que refugiarse en la Recolectión de los Descalzos de Lima. El Dictador Bolívar suprimió la comunidad de Ocopa, y destinó el local a colegio secular de educación. Un infeliz donado, el Hermano José Amorós, que se obstinaba en vivir dentro de los muros de su antiguo convento, fué asesinado por los colegiales; y el crimen ahuyentó a los muy pocos Padres que se habían animado a imitarlo.

En 1836, el Presidente Orbegoso, teniendo en consideración el ningún fruto que daba el colegio secular, cuya existencia fué intermitente, y la importancia nacional de restablecer las misiones de la Montaña, devolvió el monasterio a los franciscanos. Se restauró la vida conventual con frailes italianos en su mayoría; se reparó el deteriorado edificio; y comenzaron a recuperarse, con expediciones metódicas, las perdidas reducciones de salvajes. Salvo los confinamientos rigurosos que provocó la guerra de 1866, la Comunidad ha proseguido tranquila y floreciente, renovándose con españoles del Norte, vascos y catalanes, y con uno que otro peruano, y ha extendido su influencia religiosa por el país

entero; mas las misiones de la Montaña no han vuelto a la prosperidad que alcanzaban en los últimos tiempos de la dominación española. Los comerciantes que surcan los ríos de las selvas, han arruinado la pacífica obra de los misioneros. Primero el alza de la zarzaparrilla, y después la del caucho, atraieron a la inmensa región aventureros crueles, que depravaron o dispersaron a los aterrorizados indios, cuando no los esclavizaban o los exterminaban por medio de verdaderas cacerías de hombres; y en las espesuras solitarias donde en los siglos XVII y XVIII se abrió campo la mansa heroicidad evangélica, la católica gesta de la *Propaganda* y las *Cartas edificantes*, ha presenciado la República abominables estragos, que se igualan con los peores de la Conquista.

Ocopa, la casa madre de nuestras misiones, significa para el Perú el vivo recuerdo de lo que tuvo de mejor la Colonia: el afán catequista y civilizador, el celo apostólico que animó a sus religiosos, y que sucedió a los empeños bélicos cuando se desvanecieron los espejismos del Paititi y del Dorado. La organización misionaria no adquirió aquí la solidez política, la imponente y sencilla grandeza, la majestad idílica y casi incaica que los Jesuitas supieron darle en el Paraguay; fué verdaderamente *franciscana*: individualista, libre y suave, de candor, desinterés, martirios y lírica poesía errabunda, entre las desbordadas riberas y las florescenas milenarias del Ucayali y del Pangoa.

Hay rincones del convento que evocan fielmente la humildad conmovedora de su mendicante instituto y los paupérrimos comienzos de esta comunidad. Un claustriillo estrecho, que, según creo, designan con el muy castizo nombre de *La Obrería*, se conserva intacto como lo edificó Fray Francisco de San José, a principios del siglo décimotercero: con rechonchas pilastras en vez de arcadas, corredores hondos y lóbregos, piso central de piedras toscas, sin jardín ni viviendas altas, y techado con tejas de un color granate sombrío, cárdeno, que avanzan en fuerte declive, achatando aún más la rústica severidad del recinto. Los demás claustros menores son muy alegres en comparación: se llaman el Coristado y el Noviciado, el del Olivo y la Enfermería. Entre el Refectorio y la sala del *De Profundis*, está la capilla que la tradición señala como la ermita de Santa Rosa que precedió al monasterio.

Al extremo oriental se hace un huerto, grande y con lindos árboles, vides añosas, algún olivo de buen aspecto pero infructífero por la frialdad del clima, y muchos alcanfores y alisos, cuyas hileras dividen las suertes plantadas de legumbres. Al Noreste verdean unas colinas. Arbustos, alamedas, sembríos y sedosos campos de alfalfa y maíz, ciñen el convento por los demás lados. Junto a la iglesia hay un reducido cementerio, entierro de dos obispos, uno de ellos el de Huánuco, D. Ma-

nuel del Valle, que por razones políticas no llegó a Arzobispo de Lima, y lo fué *in partibus* de Berito. Novicio franciscano en Madrid hacia 1834, salvado extraordinariamente de la célebre matanza de los frailes de San Francisco el Grande, y exclaustrado por fuerza luego, quiso a su muerte reposar cerca de sus hermanos de Orden.

En las primeras horas de la tarde, mientras paseábamos los claustros y los alrededores en compañía de un donado, los Padres rezaban en el coro; y la salmodia nos llegaba como un vago susurro. Con sordo rozar de sandalias, descendieron y desfilaron ante nosotros; y entonces pudimos conocer a muchos, conversar detenidamente con los principales, e inquirir los datos que hemos apuntado. Alargamos la visita, hechizados por esta soledad agreste y monacal. El reloj de la torre desgranaba sus horas cristalinas, y las palomas arrullaban en los aleros. Cuando nos despedimos ya iba a obscurecer. La iglesia estaba abierta e iluminada todavía, por celebrarse el Mes de Jesús; y el órgano esparcía los rizos áureos de sus sonos. En el dulce desmayo del crepúsculo, volaban los pájaros con levedad inmaterial de ensueño. Pasó una cansada recua. De pronto se enrojecieron los sembrados verdes y rubios. Parecía arquearse la enorme y lejana cordillera bermeja del frente. Las nubes resplandecían como túnicas blancas y purpúreas. Al cabo de un rato, ondularon y se dilataron en el azul silencio las campanadas argentinas del Angelus, como un baño acariciador y lustral; y entre las revueltas del camino y la arboleda, desapareció a nuestra vista la media naranja de Ocopa.

Atravesamos la ancha y silenciosa plaza de Concepción, con su baja iglesia al Este. Centelleaban unas pocas luces en las ventanas del pueblo, tras los antepechos de madera y las puertas de las paredes encaladas. Algunas hogueras de San Juan se encendían ya en el campo; y el cielo, iluminado por la luna, semejava un azulejo antiguo, vítreo y terso.*

* En "La Crónica", 28 de Julio de 1916, aparece el artículo "Excursión a Quinua y al Campo de Batalla".